

grandes lenguas de la civilización contemporánea.

¿De qué manera? No hay más que un medio para conseguir que un idioma sea órgano de la cultura y vehículo esencial del comercio y la riqueza... Hacer que el pueblo que lo habla sea un pueblo creador de vida espiritual... Que en ese idioma se engendren nuevos descubrimientos científicos, verdades nuevas, nuevas páginas de universal belleza... Que voces de ese idioma se alcen, como antorchas, en las avanzadas del progreso humano, mostrando a otros pueblos el camino...

He ahí cómo el problema de nuestra obra en América depende indisoluble-

mente del de nuestra propia vida, nuestra propia educación nacional, nuestro propio adelanto. Se dice que todo país debe preferir su interna cultura espiritual, el florecer de las ciencias y las artes, al poderío y grandeza exteriores. Pero en nuestra situación ni aun cabe dudar. Porque España, cuyo inmenso horizonte es América, hasta para sus mismos anhelos de grandeza, para su fuerza internacional, habrá de basarse principalmente en el valor de cultura que tenga su habla castellana como lengua insustituible de una comunidad de naciones en plena juventud, en pleno crecimiento, sobre territorios más extensos que toda Europa.

han realizado...» «¿Me atreveré a decir (¡sí, puesto que las amo!) que han traicionado sus propios destinos?... ¡Que de nuevo adquieran conciencia de ellos!...»

Piensa Romain Rolland que nosotros, latinos de América y de Europa, tenemos en menor grado que los anglosajones europeos el sentido de la libertad política; pero en mayor grado que éstos el sentido de la libertad de espíritu, o, por lo menos, las posibilidades de esa independencia total de la razón que nadie puede detener en la conquista de la verdad. ¡Y, sobre todo, el amor a la belleza y a la vida!... «¡Qué grises nos parecen hoy los siglos en los que el sol de las razas latinas se oscureció! Hasta el vuelo prodigioso de las ciencias es, desde hace cien años, como el vuelo de un águila en un cielo brumoso. ¡Latinos, devolvedle la luz!»

Sinfonía

HABLAMOS el otro día del porvenir de la lengua española. Aludíamos a la alocución del doctor Souza Dantas, quien propone que los pueblos ibero-americanos acepten el francés como «segunda lengua nacional», como idioma común, órgano de la cultura y medio adecuado para la vida universal. Si propuesta semejante prosperase, el castellano iría perdiendo importancia y dignidad en veinte naciones, hasta convertirse dentro de ellas en un lenguaje popular, doméstico, sin valor para las relaciones internacionales y para las actividades superiores de la civilización. Así, a espaldas nuestras, sin que apenas nos enteremos, se está debatiendo el porvenir de nuestro idioma, ligado esencialmente al porvenir de nuestro espíritu en el mundo.

«La América latina debe hablar francés...», escriben en París. «En francés piensan los verdaderos amigos del progreso y de la libertad...» «¡Ah! No; eso era antaño...», objetan desde Italia voces autorizadas. «Mejor, en todo caso, que el francés sería el italiano; mejor, el alemán; mejor, el inglés...»

¡Y sobre su túnica echaron suertes!... La lengua de un pueblo es la vestidura inseparable de su espíritu. Como la túnica inconsútil de Jesús fué creciendo con su cuerpo desde la infancia, según la leyenda piadosa, así también el idioma se va desarrollando, enriqueciendo, magnificando, a medida que se eleva en idealidad y en cultura el interno espíritu de una raza. ¿Renunciaremos a levantar y engrandecer nuestro espíritu hispano hasta que la lengua castellana sea, indiscutiblemente—por su excelencia moral, como hoy lo es por su extensión territorial— el primer idioma neolatino, el verbo de los descubri-

mientos científicos y los avances sociales, la voz de «los verdaderos amigos del progreso y de la libertad?»

* *

Hoy llegan hasta nosotros, también desde lejanas tierras, palabras más consoladoras. Romain Rolland, desde su sereno retiro en Suiza, dirige al ministro de Educación Pública de México una hermosa carta, que es, al mismo tiempo, un llamamiento generoso a todos los pueblos hispano-americanos para que robustezcan la conciencia de su propio espíritu y carácter; de su propia unidad fraternal; de su papel histórico, no «contra», pero sí «frente» al de los pueblos anglosajones. «Aplaudo el propósito—dice—de reunir en un solo cuerpo los miembros dispersos de las razas ibero-americanas...»⁽¹⁾

¡Noble Romain Rolland! Muy francés, viejo francés de la tierra nivernesa, en el corazón de Francia, es, a pesar de esto—o, mejor, cabalmente por esto...—, un alma universal, un *Weltbürger*, un ciudadano del Mundo, cual él mismo confiesa y proclama. «Hoy en la Humanidad todo se enlaza, todo se relaciona, todo debe ser sinfonía...» Sinfonía... Voces varias, distintas, que, sin embargo, sueñan bellamente unidas y acordes.

No pretende, no, el autor de *Jean Christophe* que hable en francés la América española. Mucho menos que hable en inglés. «He sufrido a menudo—escribe—al ver en América la humillación de las espléndidas razas latinas. Es preciso reanimarlas, erigirlas... «En el conjunto pan-humano tienen una misión luminosa que cumplir, y hasta nuestros días no la

(1) Véase completa esta carta en el *Repertorio* número 2 del tomo en curso.

Tal es el mensaje de Romain Rolland a los hispanos de América. Le da mayor significación el hecho de que esté dirigido al ministro de la Cultura en la nación mejicana, la cual, como es sabido, viene sosteniendo una lucha espiritual de fronteras ante el peligro de ser normalmente absorbida por el capitalismo imperialista y la pujante vitalidad de los Estados Unidos. En realidad, más o menos atenuado, el mismo dilema ideal se presenta para todas las naciones del Centro y del Sur de América: o acentuar la conciencia de su profundo hispanismo, o perder esta conciencia, cayendo entonces en la órbita de atracción de la República anglosajona.

Existe en el mundo una gran comunidad de pueblos de lengua inglesa. Existe también, como contrapeso, otra gran comunidad de pueblos de lengua castellana, que suma hoy muchos millones de almas, y que sumará mañana centenares de millones, cuando estén más densamente habitados sus territorios, mayores que toda Europa. Pero el idioma inglés ha desplazado, está desplazando o amenaza desplazar al idioma castellano en muchos lugares del planeta (Tejas, California, Méjico, Filipinas, Puerto Rico, Cuba, Gibraltar...) Y todos los buenos ciudadanos del Mundo, cual Romain Rolland, deberán defender la lengua y el alma hispanas frente al alma y a la lengua anglosajonas, no porque éstas sean inferiores, ciertamente, sino porque propenden a anular a aquellas otras en tierras donde la tradición es nuestra y es nuestro el genio de la raza. «El mundo—afirma el gran escritor francés—necesita de la reacción vigorosa de los iberoamericanos frente a los anglosajones, que tienden a dominar el orbe...» Sí; es verdad... Al